

aristocracia opresora, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que la poesía con toda su pompa y majestad no existe, porque no existen esos fecundísimos amores.

Ahora bien: la noción del pueblo es el resultado de estas dos nociones: la de la asociación, y la de la fraternidad<sup>1</sup>. ¿Sabéis lo que es el pueblo? El pueblo es una asociación de hermanos; y ved por qué la noción del pueblo no puede coexistir en el entendimiento con la de la esclavitud. De donde se sigue que el pueblo no ha podido existir ni ha existido sino en las sociedades depositarias de la idea de la fraternidad, revelada por Dios á la gente hebrea, por Jesucristo á todas las gentes. Lo que en las Repúblicas griegas se llamó pueblo, no fué ni pudo ser un verdadero pueblo; es decir, una asociación de hermanos, sino una verdadera aristocracia; ó, lo que es lo mismo, una asociación de señores.

Esto explica, por qué entre los griegos la poesía es eminentemente aristocrática. Homero canta á los Reyes y á los dioses, nos dice sus genealogías, nos cuenta sus aventuras, nos describe sus guerras, celebra su nacimiento y llora su muerte. Los poetas trágicos presentan á nuestra vista el espectáculo soberbiamente grandioso de sus amores, de sus crímenes y de sus remordimientos. Los humanos infortunios y las pasiones humanas, para ser elevadas á la dignidad y á la altura de sentimientos trágicos, debían caer sobre las frentes y conturbar los corazones de hombres de regia estirpe y de nobilísima cuna. El fratricidio no era un asunto trágico, si los fratricidas no se llamaban Eteocles y Polínice, y si la sangre no manchaba los mármoles del Trono. El incesto no era digno del coturno, si la mujer incestuosa no se llamaba Fedra ó Yocasta, y si el horrendo crimen no manchaba el tálamo de los Reyes. Por donde se ve, que entre los griegos no había asuntos trágicos, sino personas trágicas, y que la tragedia no era aquella voz de terror, aquel acerbo gemido que la humanidad

<sup>1</sup> Luego nos hablará Donoso de la autoridad.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

deja escaparse de sus labios cuando la turban las pasiones, sino aquella otra voz fatídica y tremenda que resonaba lúgubremente en los regios alcázares, cuando los dioses querían dar en espectáculo al mundo las flaquezas de las dinastías y la fragilidad de los Imperios.

Si volvemos ahora los ojos al pueblo de Dios, nos causará maravilla la grandeza y la novedad del espectáculo. El pueblo de Dios no trae su origen ni de semidioses ni de Reyes; desciende de pastores. Hijos todos los hebreos de Abrahán, de Isaac y de Jacob, todos son hermanos. Rescatados todos de la servidumbre de Egipto, todos son libres: sujetos todos á un solo Dios y á una sola ley, todos son iguales. El pueblo de Dios es el único de la tierra, entre los antiguos, que conservó en toda su pureza la noción de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de los hombres. Cuando Moisés les dió leyes, no instituyó el gobierno aristocrático, sino el popular; y les concedió derecho de elegir sus propios magistrados, que, en calidad de guardadores de su divino estatuto, tenían el encargo y el deber de mantenerlos á todos, así en la paz como en la guerra, bajo el Imperio igual de la justicia. Desconociáanse entre los hebreos los privilegios aristocráticos y las clases nobiliarias; y temeroso su gran legislador de que la desigual distribución de las riquezas no alterase con el tiempo aquella prudente armonía de todas las fuerzas sociales, puestas como en equilibrio y balanza, instituyó el jubileo, que venía á restablecer periódicamente esa justa balanza y ese sabio equilibrio. Dieron á sus magistrados supremos el nombre de jueces, sin duda para significar que su oficio era guardar y hacer guardar la ley que les había dado Dios por su Profeta, sin la ilegítima intervención de su voluntad particular y de sus livianos antojos. En este estado se mantuvo la República largo tiempo, hasta que el pueblo, amigo siempre de mudanzas y novedades, cambió su propio gobierno, instituyendo la Monarquía por un acto solemne de su voluntad soberana<sup>1</sup>. Este cambio, sin em-

<sup>1</sup> No; Dios mismo fué quien instituyó la Monarquía entre los hebreos. Refiere el

ejército fortísimo y numerosísimo el Rey de Babilonia, ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesareos miraban siempre, antes de hablar, los semblantes de los Príncipes.

Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenían puestos los ojos, antes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo; los Profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los Reyes, atentos sólo á lo que Dios les decía interiormente en sus almas: por eso hicieron frente á los odios implacables de los Príncipes, que habiendo puesto su sacrilega mano en el Templo de Dios, no temían ponerla en el rostro augusto de sus Profetas: por eso resistieron con constantísimo semblante á la grande indignación y bramido popular, creciendo su constancia al compás de la persecución y al compás de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos: por eso en fin, casi todos, ó entregaron sus gargantas al cuchillo, ó buscaron en tierras extrañas un triste sepulcro.

Yo no sé, señores, si hay en la historia un espectáculo más bello que el de los Profetas del pueblo de Dios luchando armados con el solo misterio de la palabra contra todas las potestades de la tierra. Yo no sé si ha habido en el mundo poetas más altos, oradores más elocuentes, hombres más grandes, más santos y más libres; nada faltó á su gloria, ni la santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio.

Con los Profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo, comienza la época del castigo. Antes de poner término á este discurso, hagamos todos aquí una estación; recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

Sófocles escribió una de las más bellas tragedias del mundo, que intituló *Edipo Rey*. Esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los más bellos ingenios, y á nosotros

nos ha cabido la suerte de poseer con ese título una de las tragedias que más honran nuestra literatura clásica.

Pero hay otra tragedia más admirable, más portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y á quien su autor no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, sino más bien la tragedia por excelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, á vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atrevería á intitularla *Edipo pueblo*.

Edipo adivina los enigmas de la esfinge, y es reputado por el más sabio y el más prudente de los hombres; el pueblo judío adivina <sup>1</sup> el enigma de la humanidad, oculto á todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano: y es llamado por Jehová antorcha de todos los pueblos. Los dioses dan á Edipo la victoria sobre todos los competidores, y le asientan en el Trono de Tebas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo á la tierra de promisión, y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos délficos, habían anunciado á Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre; Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, había anunciando á los judíos que matarían á su Dios. Un hombre muere á manos de Edipo en una senda solitaria: un hombre muere á manos del pueblo de Dios en el Calvario: este hombre era el Dios de Judá; aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay; pero algo hay, señores, en este *similiter cadens* de la historia, que causa un involuntario, pero profundísimo estremecimiento.

Ya lo veis, señores; unos mismos son los oráculos, y una misma la catástrofe: ahora veréis cómo una misma ceguedad hace inevitable esa catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

<sup>1</sup> La palabra *adivinar* no es aquí exacta, pero es seguro que en la mente del mismo Donoso Cortés no debe tomarse literalmente.—(NOTA DE LA PRESENTE EDICIÓN.)

Edipo sabe que mató á aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio; Polibio estaba muy lejos de allí, y el que murió á sus manos era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazaret, saben que le pusieron en una Cruz en el monte Calvario y que le pusieron entre dos ladrones para más escarnecerle; pero su conciencia está tranquila; su Dios había de venir, pero aún estaba lejos; su Dios había de ser conquistador y Rey, y había de rugir como el león de Judá; mientras que el hombre de la Cruz había nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no había encontrado una piedra en donde reclinar su frente. "Si eres hijo de Dios ¿por qué no bajas de la Cruz?", dijo el pueblo judío. "Si el que murió á mis manos me había dado el ser, ¿cómo al darle la muerte no salto el corazón en mi pecho? ¿Cómo es que no me habló la voz de la sangre?", esto dijo el Rey parricida. Y el pueblo matador de su Dios, y el hombre matador de su padre se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron á los oráculos, y se mofaron de los Profetas.

Pero la divinidad implacable, que calladamente está en ellos y, obra en ellos, los empuja para que caigan, y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos<sup>1</sup>. Ambos se hallan poseídos de súbito de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta á Yocasta, pregunta á Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto: "¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? ¿Quién soy yo?" El pueblo judío pregunta á Jesús: "¿Quién eres? ¿Eres, por ventura, nuestro Dios y nuestro Rey?" El drama aquí comienza á ser terrible: no hay pecho que no sienta una opresión dolorosa, inexplicable, increíble; ni frente que no esté bañada con sudores; ni alma que no desfallezca con angustias.

Entretanto, la cólera de los dioses cae sobre Tebas: la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El

<sup>1</sup> Tampoco ha de tomarse esta cláusula al pie de la letra. —(NOTA DE LA PRESENTE EDICIÓN.)

cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolación y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan á los dioses. Sobre Jerusalén la mística, la gloriosa, cae un velo fúnebre: por aquí van santas mujeres que se lamentan; por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan á la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita, que lleva al Calvario al Justo. "Una generación no pasará sin que vengan sobre vosotras, matronas de Sión, tan grandes desventuras, que seréis asombro de las gentes: ya, ya asoman por esos repechos las romanas legiones: ya cruzan por los aires, trayendo el rayo de Dios, las águilas capitolinas. ¡Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Ay de tus hijos! Porque tienen hambre y no encuentran pan, tienen sed y no encuentran agua; quieren hacer plegarias y votos en el Templo de Dios, y están sin Dios y sin Templo; quieren vivir, y á cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura, y son pasto de las aves."

Edipo sale de su alcázar para consolar á su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua, los toma por testigos de que el culpable será puesto á tormento y echado de la tierra: lanza sobre él anticipadamente la excomunión sacerdotal; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los hombres, y carga su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío, tomado de un vértigo caliginoso, poseído de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le oscurece la razón, y ardiendo en la fragua de sus furiosos, exclama diciendo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado Rey! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo á un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y después, cuando los oráculos bíblicos y los délficos se cumplieron, los torbellinos arrancan al pueblo deicida

de la tierra de promisión, y el parricida huye del Trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia: el pueblo judío es horror de los hombres. Edipo caminó con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle, publicando las venganzas divinas: el pueblo judío camina, sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás, de pueblo en pueblo, de región en región, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre, que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del Talió á la ley de la Gracia; y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado; dió bofetadas á su Dios, y ha ya diecinueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo; escupió en el rostro de Dios, y el mundo escupe en su rostro; despojó á su Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros, y le arrojan desnudo al otro lado de los mares; dió á beber á su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella á todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones; puso en los hombros de su Dios una Cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas; crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero, es clemente; mientras que los dioses ningún otro consuelo dejaron á Edipo sino su Antígona, el Dios que murió en la Cruz, en prenda de su misericordia, dejó á sus matadores la esperanza.

Entre la tragedia de Sófocles y esa otra tragedia sin nombre y sin título, cuya maravillosa grandeza acabo de exponer á vuestros ojos con toda su terrible majestad, hay la misma distancia que entre los dioses gentílicos y el Dios de los hebreos y los cristianos; la misma que entre la Fatalidad y la Providencia: la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo que ha sido el más libre de todos los pueblos y el más grande de todos los poetas.

He terminado, señores, el cuadro que me había propuesto presentar ante vuestros ojos: si os parece bello y sublime, su sublimidad y su belleza están en él como trazado que ha sido

por el mismo Dios en la larga y lamentable historia de un pueblo maravilloso: si en él encontráis grandes lunares y sombras, esas sombras y esos lunares son míos: por ellos reclamo vuestra indulgencia; vuestra indulgencia, señores, que nunca ha sido negada á los que, como yo, la imploran, y á los que, como yo, la necesitan.

bargo, tuvo menos de real que de aparente, como quiera que el Rey no fué sino el heredero de la autoridad del juez, limitada por la voluntad de Dios y por la voluntad del pueblo.

Por eso, el pueblo es la persona trágica por excelencia, en las tragedias bíblicas. Al pueblo se dirige la promesa y la amenaza: el pueblo es el que acepta y sanciona la ley: el pueblo es el que rompe en tumultos y rebeliones: el que levanta ídolos y los adora: el que quita jueces y pone Reyes: el que se entrega á supersticiones y agüeros: el que bendice y maldice á un tiempo mismo á sus Profetas; el que ya los levanta sobre todas las magistraturas, ya los destroza con atrocísimos tormentos: el que magnifica al Dios de Israel, y recibe con himnos de alabanza á los dioses egipcios y babilonios: el que, puesto en el trance de escoger entre las iras del Señor y sus misericordias, en el ejercicio de su voluntad soberana renuncia á sus misericordias y va delante de sus iras. En Israel no hay más que el pueblo, el pueblo lo llena todo, al pueblo habla Dios, al pueblo habla Moisés, del pueblo hablan los Profetas, al pueblo sirven los sacerdotes, al pueblo sirven los Reyes; hasta los Salmos de David, cuando no son los gemidos de su alma, son cantos populares.

Las pompas de la Monarquía duraron poco, y se desvanecieron como la espuma. Fueron David y Salomón Príncipes temerosos de Dios, amigos del pueblo, en la paz magnánimos, y en la guerra felicísimos: gobernaron á Israel con imperio templado y justo, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos; el último fué visitado por los Reyes del Oriente; levantó el Templo del Señor sobre piedras preciosas, y le enriqueció con maderamientos dorados; la fama de sus magnificencias y

sagrado texto que los ancianos de Israel dijeron á Samuel: "Pon un Rey sobre nosotros, como lo tienen todos los pueblos," y que el Señor dijo al mismo Samuel: "Accede á sus deseos; mas anúnciales los derechos que el Rey ha de ejercitar sobre ellos." Después habiéndose presentado Saúl á Samuel, dijo á éste el Señor: "Este es el hombre á quien has de escoger por Príncipe de mi pueblo." Entonces Samuel, tomando óleo, lo derramó sobre la cabeza de Saúl, y le dijo: "He aquí que el Señor te ha escogido por Príncipe de su pueblo." Y lo presentó al pueblo diciendo estas palabras: "Bien veis al que ha elegido el Señor; y que no hay semejante á él en todo el pueblo." Y clamó todo el pueblo diciendo: "¡Viva el Rey!." — NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

de su sabiduría más que humana se extendió por todas las gentes. Pero cuando estos Príncipes dichosos bajaron al sepulcro, luego al punto comenzó á despeñarse la majestad del Imperio, sin que nunca más tornara á volver en sí: dividiéronse las tribus; y rota la santa unidad del pueblo de Dios, se formaron de sus fragmentos dos Imperios enemigos, dados ambos á torpezas y deleites. Siguiéronse de aquí grandes discordias y guerras, furiosos temporales y horrendas desventuras. Los Reyes se hicieron idólatras y adoraron los ídolos: los sacerdotes se entregaron al ocio y al descanso. El pueblo se había olvidado de su Dios, y las muchedumbres tumultuaban en las calles.

En medio de tan procelosas tempestades, y corriendo tiempos tan turbios y aciagos, despertó Dios á sus grandes Profetas, para que hicieran resonar en Judá el eco de su palabra y sacaran de su profundo olvido y hondo letargo á los Reyes idólatras, á los sacerdotes ociosos y á aquellas bárbaras muchedumbres, dadas á sediciones y tumultos. Jamás en ningún pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los Profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores: Roma tribunos y poetas. Los Profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores á un tiempo mismo: como los poetas, cantaban las perfecciones divinas; como los tribunos, defendían los intereses populares; como los oradores, proponían lo que juzgaban conforme á las conveniencias del Estado. Un Profeta era más que Homero, más que Demóstenes, más que Graco; era Graco, Homero y Demóstenes á un mismo tiempo. El Profeta era el hombre que daba de mano á todo regalo de la carne y á todo amor de la vida, y que, mensajero de Dios, tenía el encargo de poner su palabra en el oído del pueblo, en el oído de los sacerdotes y en el oído de los Reyes. Por eso los Profetas amenazaban, imprecaban, maldecían; por eso dejaban escaparse de sus pechos, poderosas, tremendas, aquellas voces de temor y de espanto, que se oían en Jerusalén cuando venía sobre ella con